

Artículos	Página
Adoradores y Testigos	1
Adoración Entonces y Ahora	3
Adoración Cristiana	4
Tiempo y Forma de la Cena del Señor	6
Hombres de Dios: Josué	7

Adoradores y Testigos

Joel Portman

Estamos tratando de centrar la publicación de este mes en la importancia de la adoración en nuestras vidas. Parece ser cierto que uno puede continuar ocupado intensa y activamente con el servicio cristiano sin darse cuenta de que la adoración debe ser la fuente de todo ministerio para Cristo. El servicio puede servir en muchos cristianos como sustituto de la adoración, y aquellos que están así ocupados pueden sentir que están completando todo lo que el Señor quiere de sus vidas mediante actividades frenéticas. Existen muchas organizaciones «cristianas» que sirven a los pobres, difunden el evangelio y participan activamente en otras formas de compromiso, incluso en ausencia de una verdadera adoración cristiana. Pablo sirvió a su Señor hasta la muerte porque, para él, Cristo era su vida («Para mí, vivir es Cristo y morir es ganancia», Filipenses 1:21). Debido a un corazón que ardía en amor por Cristo, se sintió impulsado a servirle (2 Cor. 5:14). Si el amor y la devoción a Cristo como el único que es supremo y que merece «lo máximo de nosotros para lo más alto de Él» (E. M. Bounds), el servicio puede convertirse solo en bronce que resuena o címbalos que retumban (1 Cor. 13:1).

Que nuestros corazones sean conmovidos por el amor ferviente y la adoración a Aquel que es infinitamente más grande que nuestros pensamientos más elevados y más digno de nuestro servicio más completo, no por lo que nos ha dado, sino por QUIÉN es y LO QUE merece de nuestras vidas.

A veces hemos oído la expresión de que somos salvos para servir. Es difícil encontrarle fallas a esas palabras, pero el énfasis de la Biblia es que somos salvos, ante todo, para adorar. Jesús no le dijo a la mujer en el pozo en Juan 4 que «el Padre busca

siervos o testigos». Sin duda lo hace. Pero dijo: «el Padre busca a quienes le adoren», o «el Padre busca a quienes sean adoradores». Aprendemos, incluso de la experiencia de Balaam, que Dios puede hablar a través de los burros (¡aunque normalmente no pueden hablar con palabras como lo hizo el suyo!). Y aunque algunos nos dicen que los animales adoran, lo encuentro dudoso, ya que para adorar hay que poseer un espíritu. El hombre fue dotado de esa importante distinción que lo diferencia del resto de la creación y le ha dado la capacidad y la responsabilidad de adorar y dar testimonio de su Creador.

La adoración es lo que caracterizó a todos los testigos de Dios en la era pasada. Abraham era un adorador, como lo demuestra el hecho de que erigía altares dondequiera que plantaba su tienda. Cuando los tres hombres, uno de los cuales era parte de la Trinidad, se le acercaron en Génesis 18, corrió hacia ellos y «se postró en tierra». Esa es la primera vez que aparece la palabra «adorar» en la Biblia. Aun sin saber (posiblemente) exactamente quiénes eran esos hombres, expresó su actitud de respeto reverencial hacia ellos inclinándose. No se inclinó por lo que habían hecho por él o por lo que le habían dado. Se inclinó con una actitud de la más alta estima por haber acudido a él y tal vez por algún sentido de su dignidad, por quienes eran. Y el resultado fue que se convirtió en un poderoso testigo ante los habitantes de aquel país; a la muerte de Sara, dijeron: «Tú eres un príncipe poderoso entre nosotros...» (Génesis 23:6).

La triste historia de la humanidad que se recoge en Romanos 1 es que el hombre, conociendo a Dios (v. 21), no quiso glorificarlo como Dios, y el triste resultado fue que adoraron a los objetos creados en lugar de al

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

Creador de ellos. «Adoraron y sirvieron a la criatura más que al Creador» (v. 25). Parece que el deseo instintivo de adorar algo está profundamente arraigado en el corazón humano, y esto se evidencia en la variedad de objetos y actividades de todas las personas para adorar algo, ya sean imágenes u otros objetos que representan el concepto cultural o individual de lo que sea. El triste resultado es que, históricamente, ha habido una plétora de formas imaginativas de adoración, incluso hasta el punto de los sacrificios humanos, ya sean de adultos o de niños. Es una triste observación que los hombres no deseen adorar al Dios verdadero, que es el Dador de todas las bendiciones que han sido derramadas sobre los hombres a pesar de su naturaleza y tendencias pecaminosas. Él no hace exigencias radicales, no espera sacrificios extremos, ni desea actos violentos de adoración, pero los hombres prefieren adorar a dioses falsos que (en su religión) exigen formas extremas de sacrificio para satisfacer sus requisitos y hacer que (supuestamente) les den bendiciones. Esto sin duda da testimonio de la profunda necesidad de la humanidad de adorar, pero con una aversión a adorar al único al que se debe dirigir la adoración.

La adoración es...

A menudo oímos y nos referimos a la Cena del Señor como una «reunión de adoración», y así es. Quizás se podría decir, con razón, que es la reunión principal de una asamblea que tiene como objetivo ocuparse exclusivamente de nuestra ocupación con el Señor Jesús y nuestras expresiones de alabanza al recordarlo. Intuitivamente reconocemos que no es una reunión para hacer peticiones, ofrecer intercesión por otros o expresar oraciones para que se respondan nuestros deseos. Cada vez que oímos a un hermano hacerlo, nos parece algo totalmente fuera de lugar. Nos reunimos con el propósito específico de obedecer el mandato del Señor de «recordarme» y «mostrar mi muerte» (proclamar la muerte del Señor).

La adoración es la acción que procede de la actitud de un corazón que reconoce y desea magnificar y alabar a su objeto. Las definiciones léxicas no logran expresar plenamente todo lo que implica la palabra, ya que se centran principalmente en una acción del cuerpo al acercarse a otro que es superior. Pero implica que el adorador actúa para reconocer la superioridad de otro y mostrar reverencia en su presencia. La adoración no se centra principalmente en lo que uno recibe de ellos, sino que se ocupa más bien de buscar reconocer y expresar el hecho de que el objeto al que se dirige es muy superior al adorador.

Sabemos que la adoración no se ocupa de lo que se recibe cuando leemos la primera mención de la palabra, en Génesis 22:5. El Señor le había dicho a Abraham que llevara a Isaac a Moriah y lo ofreciera allí como holocausto. Así que Abraham estaba actuando

en respuesta a esa orden como una expresión de adoración. Estaba dando a Dios lo que expresaba el valor que Dios tenía en su corazón. Isaac era la bendición que Abraham había recibido, pero él estaba ofreciendo esa bendición de vuelta al Bendito. De modo que Aquel que lo había bendecido era reconocido como mayor que lo que había recibido. La primera mención de la adoración en el Nuevo Testamento se encuentra en Mateo 2, cuando los magos llegaron a la casa para adorar al niño pequeño (no al bebé) al que la estrella les había guiado. Su adoración consistió en postrarse ante Él y presentar sus ricos regalos. No recorrieron esa gran distancia, trajeron esos ricos regalos ni se postraron ante Cristo por lo que habían recibido. Fue un acto para honrar y magnificar a este Niño por lo que era. Por lo tanto, la adoración es más que dar gracias a Dios por lo que hemos recibido, aunque eso puede ser parte, posiblemente el aspecto más básico, de la adoración. La «adoración», como alguien ha dicho, «es el desbordamiento del corazón en agradecimiento por todo lo que Dios es en Cristo». Pero la multiplicidad de palabras no logra expresar toda la verdad de la adoración y hay muchas formas en las que se puede expresar la adoración.

Incluso las acciones de la vida cotidiana pueden ser adoración. La adoración sería una actitud que impregna todo el ser, de modo que se expresa en la sumisión voluntaria a la voluntad del Señor en cada decisión, en la ocupación gozosa con nuestro Dios y Salvador, en las expresiones espontáneas de alabanza que pueden brotar del alma, o incluso en nuestra actitud hacia todo lo que poseemos o recibimos. Se expresa en la actitud y el comportamiento de uno cuando acudimos a una reunión en la que los creyentes tienen el privilegio colectivo de actuar como sacerdotes santos. Debemos ser adoradores, y eso no se limita a una hora los domingos por la mañana. Debe ser tan cierto en todas las reuniones de la asamblea como entonces, y debe ser parte integrante de la vida diaria de cada creyente.

Es posible que un creyente viva cada día con una conciencia de la presencia del Señor, con esa sensación que mueve constantemente el alma a responder de maneras que lo exaltan. Nuestro comportamiento hacia los demás, nuestras prioridades y propósitos, las decisiones que tomamos sujetas a Su voluntad y las expresiones de nuestros labios muestran una actitud de adoración. Los Salmos están llenos de esas expresiones de alabanza y adoración que brotan del corazón de los hombres que amaban al Señor con todo su corazón, aunque su base para la adoración y el conocimiento de la verdad divina no estaba tan desarrollada como la nuestra. Sin embargo, la profundidad de su adoración parece superar las expresiones superficiales que a veces parecen dominar nuestras reuniones. La falta de reverencia

genuina da lugar a una forma de adoración cada vez más superficial, y esa superficialidad se traduce en un menor sentido de reverencia hacia las Personas Divinas. Necesitamos volver a ese temor reverencial interior ante la presencia y la realidad abrumadoras de todo lo que Dios es, para que nuestra adoración hacia Él se eleve y adquiera mayor profundidad y realidad. La verdadera adoración incluso afectaría a nuestra vestimenta y comportamiento cuando acudimos a una reunión en la que Su presencia está entre nosotros. Pero parece que, en muchos casos, hemos perdido esa práctica que nos hace conscientes de que estamos en presencia de nuestro Señor divino.

Se podría escribir más, pero termino citando a hombres de la antigüedad que dijeron: «Cuando dejamos de maravillarnos, dejamos de adorar», y esa adoración que produce asombro es siempre el resultado de la decisión deliberada de dedicar tiempo a la meditación reflexiva sobre Dios y todo lo que pertenece a su Persona infinitamente perfecta.

Adoración Entonces y Ahora

William MacDonald

David y los demás escritores de los Salmos eran adoradores. Tenían grandes pensamientos sobre Dios. Las maravillas de su creación los arrebatában en canciones extasiadas. Cuando consideraban su grandeza, bondad y gracia, sus mentes se esforzaban por comprenderlo todo. Pensaban en Él como el Sustentador y Controlador de todas las cosas y se sentían confundidos. El escritor del último estaba tan abrumado que llamó a toda la creación, animada e inanimada, a cantar las alabanzas del Señor. Todas las personas, grandes y pequeñas, viejas y jóvenes, reyes y príncipes, sí, todos los ángeles, junto con las bestias, las aves y los reptiles, debían formar un coro universal. Recurre al el acompañamiento de todo tipo de instrumentos: arpas, trompetas, cornetas, panderetas, címbalos y órganos. Su tema es tan asombroso que convoca al sol, la luna y las estrellas para que se unan al himno. Los cielos, la tierra, el mar, las colinas, las montañas y las aguas no deben permanecer en silencio. El fuego, el granizo, nieve y vientos tormentosos tienen su parte. El tema es tan impresionante que el Señor es digno de toda alabanza (Salmo 150).

Sin embargo, estos salmistas no tenían una Biblia. No sabían cómo el Hijo de Dios vendría al

planeta Tierra y nacería en un establo, con su cuna en el pesebre de un animal. No sabían que los sabios verían a su Dios «contraído a un palmo, incomprensiblemente hecho hombre».

Tampoco sabían que en ese pesebre yacería Aquel «que construyó los cielos estrellados». Oculto a sus ojos estaba la verdad de que el niño en el pesebre sería «la Palabra Eterna que habló los mundos desde el seno de la nada, que los diminutos brazos de este niño indefenso eran las manos de Aquel que colocó las vigas del universo» (Ian Macpherson).

No sabían que el Arquitecto y Creador del universo llevaría algún día un delantal de carpintero en un lugar llamado Nazaret. Ni que «vagaría como un extraño sin hogar en el mundo que Sus manos habían creado». Se habrían quedado sin aliento al pensar que Dios no tenía donde recostar la cabeza, o que a veces dormiría bajo las estrellas mientras sus seguidores iban a sus casas.

¿Se dieron cuenta de que Dios realmente vendría a la tierra y sanaría a los enfermos, daría vista a los ciegos, devolvería las extremidades a los mutilados, expulsaría demonios y resucitaría a los muertos? ¿O que, a pesar de toda su bondad, sería insultado, ridiculizado y expulsado de la ciudad? Les habría parecido increíble que Él, el Juez de todos, fuera traicionado por uno de los suyos, arrestado y juzgado. Las autoridades civiles lo declararían inocente, pero sería azotado hasta que su espalda quedara como un campo arado y ya no se le pudiera reconocer como hombre.

Los salmistas no sabían con gran detalle lo que nosotros sabemos ahora. En un lugar llamado Calvario, los hombres clavaron a Aquel que es verdaderamente Dios en una cruz de madera. Sería inimaginable para estos poetas del Antiguo Testamento. Habrían sacudido la cabeza al pensar que el resplandor de la gloria de Dios, la imagen expresa de su Persona, el Creador y Sustentador del universo, estuviera allí en una cruz, purgando los pecados del hombre, Hebreos 1:1-3. Criaturas frágiles tomaron a Aquel que es alto y exaltado en gloria, pero en cambio, lo levantaron en un poste de vergüenza. El cielo de los cielos no puede contenerlo, pero fue atado con clavos. Los pecadores mortales se atrevieron a «tomarlo con manos impías para ser crucificado y asesinado» (Hechos 2:24).

Imaginemos el torrente de armonía celestial que habría elevado el coro del salmista si hubieran podido cantar con las palabras de Charles Wesley:

¡Amor asombroso! ¿Cómo puede ser que tú, mi Dios, murieras por mí?

O el himno de Isaac Watts que dice:

Prohíbelo, Señor, que yo me gloríe
Salvo en la muerte de Cristo, mi Dios.

Estos hombres de Dios del Antiguo Testamento veían a través de un cristal oscuro. A veces tenían breves visiones fugaces de lo que sucedería, pero la revelación completa no les estaba destinada. La idea es la siguiente: si ellos, con el conocimiento limitado que tenían, pudieron derramar tales torrentes de alabanza, adoración, veneración y acción de gracias al Señor, ¿cuánto más deberíamos hacerlo nosotros, que hemos nacido en los tiempos del Nuevo Testamento como iglesia, con todo el conocimiento adicional que poseemos sobre el Calvario y sobre Aquel que murió allí por nosotros.

Una vez que comprendamos la verdad de lo que nuestro Dios ha hecho por nosotros, del sacrificio que hizo para salvarnos, seremos adoradores espontáneos y compulsivos. Nadie tendrá que persuadirnos o engatusarnos para alabar al Señor. Nuestras lenguas serán la pluma de escritores preparados (Salmo 45:1). Nuestras vidas serán un salmo interminable de alabanza a Él. En palabras de Charles Wesley, la contemplación de Cristo «disolverá nuestros corazones en gratitud y derretirá nuestros ojos en lágrimas». Estaremos «perdidos en el asombro, amor y alabanza, ahogados en las misteriosas profundidades del amor». Al igual que el salmista, invitaremos a toda la creación a unirse a nosotros para cantar las excelencias de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su maravillosa luz (1 Pedro 2:9).

Adoración Cristiana

W. W. Fereday

La adoración es la actividad más elevada del creyente. La oración y la acción de gracias a Dios tienen todo su valor, pero se sitúan en un nivel inferior. La oración se ocupa de nuestras necesidades y las presenta a Dios. La acción de gracias se expresa a Dios por todo lo que nos ha dado y nos sigue dando. En la adoración, el corazón del creyente se eleva hacia Dios mismo y se pierde en la contemplación de quién es Él. Solo cuando hayamos alcanzado el descanso en el cielo, nuestra adoración será perfecta y sin fin.

Antes de la Venida de Cristo

El carácter de la adoración ha variado a lo largo del tiempo, según lo que Dios reveló de sí mismo. En la época del Génesis, Dios era adorado como «El-Shaddai», «el Dios Todopoderoso» (Génesis 17:1). Abraham y los patriarcas tenían fe en el cumplimiento

de sus promesas y confiaban en él como el Dios fiel que es suficiente para todo. La adoración tenía entonces un carácter familiar.

Se produjo un gran cambio cuando Israel fue llamado a ser el pueblo de Dios en la tierra. Dios quería morar entre su pueblo en el tabernáculo. Este era un privilegio inestimable, pero implicaba la existencia del sacerdocio, porque el hombre, en su estado natural, no puede acercarse a Dios. Siempre se han ofrecido sacrificios a Dios, aunque no estuvieran definidos con precisión como al principio del Levítico. La institución del sacerdocio colocaba necesariamente al pueblo a cierta distancia de Dios. El adorador no entraba en contacto directo con Él.

Los sacerdotes de Israel actuaban en nombre del pueblo. Presentaban la sangre de los sacrificios y el incienso ante Dios en el santuario. Cuando vino Cristo, todo cambió. Dios ya no está oculto tras un velo. Se ha revelado completamente en la persona de su amado Hijo, para que los que creen en Jesús lo conozcan como su Padre. La obra de su salvación se ha cumplido. Su Salvador ha sido elevado al cielo y está sentado a la diestra de Dios.

Las Enseñanzas de Jesús a la Mujer Samaritana

Detengámonos primero en la maravillosa conversación del Señor Jesús con la mujer samaritana cerca del pozo de Sicar (Juan 4). Él le habla primero al corazón, luego a la conciencia. Sintiendo la reprensión de sus palabras, ella trata de evitar su dureza y desvía la conversación hacia el tema de la adoración (v. 20). Entonces el Señor le revela el gran cambio que estaba teniendo lugar en ese momento. La mujer menciona el monte Gerizim, donde los samaritanos tenían su propio templo y celebraban el culto con los ritos del judaísmo. Ella menciona que los judíos dicen «que en Jerusalén es donde se debe adorar». El Señor responde: «Mujer, créeme, llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a tales adoradores. Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad» (vv. 21-24).

En primer lugar, el Señor rechaza por completo la adoración de los samaritanos, considerándola falsa y maligna: «Vosotros adoráis lo que no conocéis». A continuación, afirma que el judaísmo es verdadero y de origen divino: «Nosotros adoramos lo que conocemos» y «la salvación viene de los judíos». Por último, declara que ha llegado el momento de dejar de lado ambas cosas y que debe establecerse algo mejor. En el cristianismo, ya no se trata de lugares santos donde se debe adorar a Dios. Reconocer ahora un lugar santo en la tierra, en el que se debe rendir culto, priva a las

almas del gozo de los privilegios típicamente cristianos. Desgraciadamente, esto se ignora a menudo hoy en día.

Los verdaderos adoradores adoran al «Padre». Esto implica cercanía a Dios y afecto por él. Gracias a la obra de Cristo, ahora nos presentamos ante Dios como hijos. Y podemos elevar nuestros corazones a él en adoración, disfrutando de esta relación y con total libertad. ¡Qué contraste con el enfoque temeroso y ansioso que muchos cristianos sienten hoy en día! Gimiendo porque el peso de sus pecados los oprime, le ruegan a Dios que no les impute sus faltas y que no les aplique su ira.

La verdadera adoración excluye necesariamente a aquellos que no son verdaderamente hijos de Dios. No pueden de ninguna manera adorar a Dios ni unirse a los que lo adoran. El evangelio de la gracia está disponible para ellos. Y hasta que lo reciban con fe, no pueden participar en la adoración al Padre.

«El Padre... busca adoradores»: qué pensamiento tan precioso. Pero Él busca adoradores que le adoren «en espíritu y en verdad». Para que esto sea así, el hombre interior debe ser guiado por el Espíritu Santo. La verdad revelada debe ser conocida por aquellos que adoran y debe guiarlos. Esto contrasta radicalmente con las formas religiosas. Estas no necesitan la verdad de Dios ni Su Espíritu, y no aportan nada a la adoración.

No se limita a decir que el Padre desea la adoración «en espíritu» y no la adoración ritual, sino que el Señor pronuncia aquí un solemne «es necesario»: «Los que le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad». Dios se ha revelado plenamente en toda su naturaleza, en todo lo que es. Y ahora nos dice lo que pide a los suyos, lo que tiene derecho a recibir. Aquellos que se acercan a él según ritos, actitudes, gestos o palabras religiosas lo tratan de una manera indigna de él. El cristiano que ha llegado a conocer a Dios, que ha nacido de él, comprende que la adoración en espíritu y en verdad es la única que le conviene. ¡Que sea nuestro gozo ofrecerle esa adoración, guiados por su Espíritu y su Palabra!

Las Enseñanzas de la Epístola a los Hebreos

Esta epístola presenta a los creyentes como si estuvieran en el desierto y en camino hacia el descanso de Dios. Tenemos muchas debilidades, pero Cristo nos ayuda con su ministerio como sumo sacerdote (2:17-18; 4:14-15; 7:25). En cuanto a la adoración, tenemos «libertad» (en la versión francesa J.N.D. dice: «libertad completa», 10:19) para entrar por la fe en la presencia de Dios, gracias a la obra que Cristo ha realizado. Este es otro aspecto de la verdad.

Veamos ahora un pasaje esencial de esta epístola: «Por lo tanto, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió

a través del velo, es decir, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena seguridad de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y el cuerpo lavado con agua pura» (10:19-22).

Tenemos completa libertad para entrar en la presencia de Dios. Esto contrasta radicalmente con lo que sucedía anteriormente con los israelitas bajo la ley. Los adoradores podían acercarse, pero nunca podían entrar en la presencia de Dios. El velo les impedía pasar. Ahora no hay ningún obstáculo. Los derechos de Dios quedaron completamente satisfechos en la cruz. El velo ha sido rasgado (Mateo 27:51). El camino al Lugar Santísimo está completamente abierto para nosotros.

Además, nuestros corazones están limpios de culpa. Podemos estar en paz ante Dios. Tenemos la certeza de que la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez por todas (10:10), ha borrado todos nuestros pecados. «Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que están siendo santificados» (v. 14). El lugar que Jesús ocupa ahora, a la diestra de Dios, es la prueba de que el asunto del pecado ha sido resuelto definitivamente. Si no tenemos esta seguridad, no podemos adorar a Dios. Una persona que no está segura de su posición ante Dios y que no está segura de su salvación no está en condiciones de adorar a Dios.

Cristo sufrió por nosotros y su obra está terminada. El camino hacia Dios está abierto para nosotros. Todo creyente puede acercarse a él «con plena seguridad de fe». Esta plena seguridad que nos da la fe glorifica a Dios. Desgraciadamente, hay creyentes que viven constantemente en la duda y el temor, privándose así de la gran bendición del cristianismo. Si nuestra salvación, nuestra aceptación por parte de Dios, dependiera de nosotros mismos, tal vez estaríamos temblando. Pero como todos nuestros privilegios cristianos se basan en la obra del Señor Jesús, le deshonramos si albergamos dudas o preocupaciones sobre nuestra salvación eterna.

Es muy cierto que nuestra condición actual es imperfecta. Ser «perfectos» en el sentido del versículo 14 citado anteriormente, o ser «perfectos en conciencia», según la expresión del versículo 9 del capítulo anterior, no significa ser perfectos en todos los sentidos de la palabra. Mientras estemos en nuestros cuerpos actuales, estaremos marcados por la debilidad y siempre estaremos por debajo de lo que Dios quiere para nosotros y de lo que nosotros mismos deseamos. No me refiero a nuestros pecados evidentes, sino a nuestras debilidades. Y en este sentido, el sacerdocio de Cristo viene en nuestra ayuda (4:14-16). Tenemos «un gran sacerdote sobre la casa de Dios» (10:21). Y nosotros mismos, «como piedras vivas», somos «edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios

por medio de Jesucristo» (1 Pedro 2:5). Él los presenta a Dios en nuestro nombre, acompañados de la excelencia y la fragancia de su persona y su obra. Y así son aceptables a Dios. ¡Qué aliento! Dependemos completamente del Señor Jesús, ya sea para las necesidades de nuestro viaje en la tierra o para nuestro servicio como adoradores.

Al final del versículo 22 de Hebreos 10, hay una alusión a la consagración de Aarón y sus hijos en sus funciones sacerdotales. La expresión «sus corazones rociados y purificados de una conciencia malvada y sus cuerpos lavados con agua pura» nos recuerda el rociamiento de la sangre del sacrificio sobre los sacerdotes y el lavado con agua que se realizaba a la puerta del tabernáculo de reunión al comienzo de su servicio sacerdotal (Levítico 8:4-24). Esta aspersión y este lavado son figuras de lo que sucedió al comienzo de nuestra vida como creyentes: el nuevo nacimiento. Así, somos puros a los ojos de Dios, y ningún pecado puede ser imputado a nosotros.

¡Que Dios fortalezca cada vez más nuestras almas en la verdad y nos enseñe a adorarlo permitiéndonos ser guiados por su Espíritu!

Tiempo y Forma de la Cena del Señor

C.H. Mackintosh

Habiendo considerado ahora, por la misericordia del Señor, la naturaleza de la Cena del Señor; las circunstancias en las que fue instituida y las personas para las que fue diseñada, solo me queda añadir solo unas palabras sobre lo que nos enseña la Escritura acerca del tiempo y la manera de su celebración. Aunque la Cena del Señor no se instituyó por primera vez el primer día de la semana, Lucas 24 y Hechos 20 son suficientes para demostrar, a una mente sometida a la palabra, que ese es el día en que debe observarse especialmente la ordenanza. El Señor partió el pan con sus discípulos «el primer día de la semana» (Lucas 24: 30); y «el primer día de la semana, los discípulos se reunieron para partir el pan» (Hechos 20: 7).

Estas escrituras son suficientes para demostrar que no es una vez al mes, ni una vez cada tres meses, ni una vez cada seis meses, cuando los discípulos deben reunirse para partir el pan, sino una vez semana, y eso el primer día de la semana. Tampoco nos cuesta ver que hay una idoneidad moral en el primer día de la semana para la celebración de la Cena del Señor; es

el día de la resurrección, el día de la Iglesia, en contraste con el séptimo, que era el día de Israel; y como, en la institución de la ordenanza, el Señor alejó a sus discípulos de las cosas judías por completo, al negarse a beber del fruto de la vid y luego instituir otra ordenanza, así, en el día en que se celebraba esa ordenanza, observamos el mismo contraste entre las cosas celestiales y las terrenales. Es en el poder de la resurrección donde podemos mostrar correctamente la muerte del Señor. Cuando terminó el conflicto, Melquisedec trajo pan y vino, y bendijo a Abraham en el nombre del Señor. Así también nuestro Melquisedec, cuando todo el conflicto y se obtuvo la victoria, se presentó, en resurrección, con pan y vino, para fortalecer y animar los corazones de su pueblo, y soplar sobre ellos esa paz que tan caramente

Si, entonces, el primer día de la semana es el día en que las Escrituras enseñan a los discípulos a partir el pan, está claro que el hombre no tiene autoridad para alterar el período a una vez al mes, o una vez cada seis meses. Debemos estar tan estrictamente sujetos a las Escrituras en cuanto al tiempo de celebrar la ordenanza, como lo estaríamos en referencia a cualquier otro punto relacionado con ella. Y no dudo que, cuando los afectos son vivos y fervientes hacia la Persona del Señor mismo, el cristiano deseará mostrar la muerte del Señor con la mayor frecuencia posible; de hecho, por el comienzo de los Hechos, que los discípulos partían el pan cada vez que se reunían. Esto lo podemos deducir de la expresión «partían el pan de casa en casa». Sin embargo, no debemos basarnos únicamente en una mera inferencia en cuanto a la cuestión de si el primer día de la semana era el día en que los discípulos se reunían para partir el pan; esto se nos enseña claramente en Hechos 20:7, y vemos su idoneidad moral y belleza. Hasta aquí en cuanto al tiempo.

Y ahora unas palabras sobre la manera. El objetivo especial de los cristianos debería ser mostrar que partir el pan es su gran objetivo principal al reunirse el primer día de la semana. Deben mostrar que no se reúnen para predicar o enseñar, aunque la enseñanza puede ser un complemento feliz, sino que el partir el pan es el objetivo principal ante sus mentes. Esto se puede lograr haciendo que sea lo primero en sus reuniones. Y hay una idoneidad moral adecuado en este orden, así como en el tiempo. Es la obra de Cristo la que mostramos en la Cena, por lo que debe ocupar el primer lugar (Colosenses 1:18 preeminencia), y, una vez se ha establecido debidamente, debe quedar entonces un espacio completo y sin restricciones para la obra el Espíritu Santo en el ministerio. La función del Espíritu es presentar y exaltar el nombre, la Persona y la obra de Cristo; y si se le permite ordenar y gobernar la asamblea de cristianos, como sin duda debe hacerlo, siempre dará a la obra de Cristo el lugar principal.

Siento que al escribir sobre un tema como el de partir el pan en un momento en que existe tanta confusión entre los que se profesan cristianos, se necesitan declaraciones directas, claras y lúcidas, a las que soy poco capaz de responder. Tenemos muy poca idea de hasta qué punto la cuestión del partimiento del pan está relacionada con la posición y el testimonio de la Iglesia en la tierra; y tenemos tan poca idea de cuán profundamente ha sido malinterpretada por la iglesia que se profesa tal. El partir el pan debería ser la enunciación clara del hecho de que todos los creyentes son un solo cuerpo.

«Por lo tanto, hermanos míos, cuando os reunís para comer, esperad unos por otros». ¿Por qué debían esperar unos por otros? Sin duda, para poder expresar más claramente su unidad. Pero, ¿qué habría dicho el apóstol si, en lugar de reunirse en un solo lugar, hubieran ido a lugares diferentes, según sus diferentes puntos de vista sobre la verdad? Entonces podría haber dicho, con si cabe, mayor contundencia: «No podéis comer la Cena del Señor».

Sin embargo, se podría preguntar: «¿Cómo podrían reunirse en un solo lugar todos los creyentes de Londres?». Yo respondo que, si no podían reunirse en un solo lugar, al menos podían reunirse en torno a un principio. Pero, ¿cómo se reunían los creyentes en Jerusalén? La respuesta es que eran «unánimes». Siendo así siendo así, tenían pocas dificultades en cuanto a la frecuencia, el lugar o la forma en que se reunían. Daban expresión a su unidad, y además de una manera que no daba lugar a confusión. Ni las diversas localidades ni los distintos grados de conocimiento y logros podían, en lo más mínimo, interferir en su unidad. Había «un solo cuerpo y un solo espíritu».

Por último, diría que el Señor honrará sin duda a aquellos que tienen fe para creer y confesar la unidad de la Iglesia en la tierra; y cuanto mayor sea la dificultad para hacerlo, mayor será el honor. Que el Señor conceda a todo su pueblo un solo ojo y un espíritu humilde y honesto.

Hombres de Dios: JOSUÉ

«Josué [...] siguió al Señor con todo su corazón»

(Números 32:12)

Alan Davidson

El libro de Josué no trata solo de batallas y conquistas. Se narran momentos maravillosos de bendición y victoria, como el cruce del río Jordán, la caída milagrosa de los muros de Jericó y la detención del sol en la batalla de Gabaón. Se hace hincapié en el liderazgo de Josué, quien «siguió al Señor con todo su corazón», confiando en Dios y en su intervención, que trajo la victoria y la posesión de la tierra.

La vida de Josué, tal y como se presenta en el libro que lleva su nombre, es la de un gran líder. «Y Moisés habló al Señor, diciendo: Que el Señor, Dios de los espíritus de toda carne, ponga a un hombre sobre la congregación, que salga delante de ellos, y los guíe, y los traiga; para que la congregación del Señor no sea como ovejas que no tienen pastor. Y el Señor dijo a Moisés: Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien hay espíritu» (Números 27:15-18).

La manera en que Dios elige revelarse a un hombre determina el espíritu y el tono de su vida. A Jacob se le reveló como el Luchador (Génesis 32:24-28), lo que supuso un gran cambio en la vida de Jacob. La revelación de la voluntad de Dios a Moisés fue como una llama de fuego en una zarza ardiente. La visión del Señor en el trono, alto y exaltado; el tema de los serafines, «Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos», estableció el tema de las grandes profecías y la vida santa de Isaías. Es apropiado que el vaso elegido por Dios para el liderazgo de su pueblo tuviera ante sí una visión del «Capitán del Ejército del Señor». «Y Josué se postró con el rostro en tierra, y le adoró, y le dijo: ¿Qué dice mi señor a su siervo? Y el Capitán del Ejército del Señor dijo a Josué: Quita el calzado de tu pie, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo» (Josué 5:14-15).

«El Capitán del Ejército del Señor» (Josué 5:14) es el título del poder todopoderoso, la autoridad soberana sobre las naciones de la tierra y el control de la creación. Josué tenía el mandato divino de expulsar a los cananeos y purgar la tierra de la idolatría y la abominación.

Como hombre elegido por Dios, Josué ocupa un lugar destacado en la historia de la conquista de Canaán. Su liderazgo, durante el breve y feliz período de aproximadamente treinta años, está recogido en uno de los libros más alentadores de la Biblia. Josué lideró a posiblemente tres millones de personas en la conquista de ciudades con murallas enormes, defendidas por gigantes y ejércitos poderosos. Las fortalezas no fueron derribadas por una nación de vagabundos sin entrenamiento, agotados por 40 años

en el desierto, sino por Josué bajo la mano de Dios, quien dijo: «Cruza», «Entra» y «Persigue». «Pasad este Jordán» (Josué 1:2); la lección de la muerte y la resurrección. «Entrad y poseed la tierra» (Josué 1:11). Cada victoria no se debió a la estrategia militar o a ejércitos superiores, sino al poder sobrenatural del Señor de los ejércitos. La excepción fue el ataque a Ai, realizado por esfuerzo humano, que terminó en derrota (Josué 7:3). «Cuando veáis el arca del pacto del Señor vuestro Dios, y a los sacerdotes levitas que la llevan, saldréis de vuestro lugar y la seguiréis» (Josué 3:3). El arca delante del pueblo de Dios habla de la presencia de Dios y de la preeminencia de Cristo en su lugar legítimo.

Al levantar a Josué como líder y pastor entre la congregación del Señor, Dios distinguió su condición en la tierra de su condición en Egipto. «Porque todo pastor es abominable para los egipcios» (Génesis 46:34). El Señor mismo, cuando estaba en la tierra, se compadeció al ver a las multitudes, «porque estaban desmayadas y dispersas, como ovejas que no tienen pastor» (Mateo 9:36). Pablo lloró con los ancianos de Éfeso diciendo: «Porque yo sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño» (Hechos 20:29).. Hoy en día, existe una gran necesidad entre las asambleas del amado pueblo del Señor de líderes que se pongan al frente de la congregación con amor y cuidado de pastor. «No como señores sobre el depósito de Dios, sino siendo ejemplos del rebaño. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona incorruptible de gloria» (1 Pedro 5:3-4). Debemos considerar temas como el liderazgo, la fidelidad, el valor, la obediencia, las batallas libradas, los obstáculos superados y la tierra ocupada, tal como Dios usó a Josué. Hoy en día hay una necesidad urgente de hombres jóvenes con sustancia espiritual que sigan por completo el camino bíblico que conduce al pueblo del Señor a las bendiciones espirituales de nuestra herencia.

Capacitar al Líder

El Poder de Dios

Este hombre extraordinario aparece por primera vez en Éxodo 17. «Entonces vino Amalec» (Éxodo 17:8). «Amalec» significa «belicoso». El primer y más persistente enemigo en el viaje nos recuerda «los deseos carnales que guerrearán contra el alma». La carne tiene tres tipos de actividad: (i) mental: ataca y trata de conquistar nuestra forma de pensar; (ii) emocional: impone estrés y tensión para obstaculizar el camino; y (iii) sensual: para vencer y arruinar el testimonio del creyente más prometedor en el acto carnal de un momento.

Dios utilizó a cuatro hombres para someter a Amalec. La carne nunca se conquista ni se elimina por completo; 1) Moisés: el hombre de oración, con la

mano levantada intercediendo hacia el cielo. 2) Aarón: el hombre sacerdotal, que presenta la fragancia de la adoración ante Dios. 3) Hur: el hombre justo (su nombre significa «blanco»), el defensor con manos santas. En estos tres hombres aprendemos los principios de la oración incansable, el ejercicio sacerdotal y la pureza. 4) Josué: el hombre valiente. «Josué derrotó a Amalec (postró a Amalec) y a su pueblo con el filo de la espada» (Éxodo 17:13). Moisés era el hombre con la vara. Josué salió victorioso con la espada. Debemos ser severos con la carne. José huyó de la tentación de la carne en la casa de Potifar. Mardoqueo se enfrentó con valentía a un amalecita y no se inclinó. Joven creyente, si quieres experimentar el poder de Dios, debes comenzar como Josué a vencer los ataques de la carne, como se ve en los implacables ataques de Amalec.

La Palabra de Dios

«Y él (Moisés) tomó el libro del pacto y lo leyó ante el pueblo, que dijo: Haremos todo lo que el Señor ha dicho y obedeceremos» (Éxodo 24:7). Moisés les dio la ley. Josué siguió la ley. «Y se levantó Moisés y su ministro Josué, y Moisés subió al monte de Dios. Y dijo a los ancianos: Quedaos aquí hasta que volvamos a vosotros» (Éxodo 24:13-14). Moisés fue solo a la presencia de Dios, pero Josué lo acompañó al monte cuando recibió el libro del pacto. «Y Moisés se volvió y bajó del monte, y las dos tablas del testimonio estaban en su mano... Y cuando Josué oyó el ruido del pueblo que gritaba, dijo a Moisés: Hay ruido de guerra en el campamento» (Éxodo 32:15, 17). Las primeras lecciones en el monte con Moisés enseñaron a Josué a reverenciar la santidad de Dios y el valor del pacto. Su observación de cómo Moisés trató el pecado del becerro de oro le enseñó a mantener los santos estándares de la Palabra de Dios cuando más tarde tuvo que juzgar asuntos como el de Acán y la cosa maldita en el campamento.

La Casa de Dios

«Y Moisés tomó el tabernáculo y lo plantó fuera del campamento, lejos del campamento, y lo llamó el tabernáculo de reunión. Y sucedía que todo el que buscaba al Señor salía al tabernáculo de reunión, que estaba fuera del campamento... Josué, hijo de Nun, un joven, no se apartaba del tabernáculo» (Éxodo 33:7, 11). Este joven, que fue levantado como verdadero líder del pueblo de Dios, valoraba la casa de Dios. Del mismo modo, Pablo enseñó al joven Timoteo cómo comportarse: «En la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad» (1 Tim. 3:15). Los líderes piadosos no se forman en las universidades de los hombres. Maduran en los caminos rectos de Dios, a través de la Palabra de Dios tal como la enseña el Espíritu, siendo obedecida y practicada en la asamblea del pueblo de Dios reunido

en el precioso nombre de nuestro Señor Jesucristo, «fuera del campamento» (Hebreos 13:13).

Explorando la Tierra

En Cades-barnea, Moisés, por mandato del Señor, envió a doce hombres a reconocer la tierra de Canaán. Diez vieron gigantes, dos vieron uvas. Diez trajeron un informe malo de la tierra y dijeron que no podían enfrentarse al pueblo. Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, dijeron: «No os rebeléis contra el Señor, ni temáis al pueblo de la tierra, porque ellos son pan para nosotros; su defensa se ha apartado de ellos, y el Señor está con nosotros; no los temáis. Pero toda la congregación ordenó apedrearlos» (Números 14:6, 9-10). De la generación adulta en el desierto, solo Josué y Caleb entraron en la tierra. Eran minoría, ya que caminaban por fe y no por vista. Todavía no es un camino fácil ni popular.

Canaán no es una imagen del cielo. Había enemigos a los que enfrentarse y batallas que librar en la tierra. Es una imagen de nuestra herencia espiritual actual, que se nos presenta constantemente en las epístolas del Nuevo Testamento. La entrada en la redención y la justificación nos lleva a las grandes bendiciones de la santificación y la bienaventuranza. Satanás hará todo lo que esté en su poder como un fuerte adversario para robarnos el disfrute espiritual de nuestra herencia. Los enemigos se describen como principados, potestades y gobernantes de las tinieblas de este mundo. Somos muy capaces de poseer la herencia espiritual cuando tomamos el yelmo de la salvación, la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, y el escudo de la fe, tal como se describe en Efesios 6:10-18. Pedro nos recuerda que somos «una generación escogida, un sacerdocio real, [...] un pueblo peculiar, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2:9).

Entrando en la Tierra

Moisés los sacó. Josué los llevó adentro. Moisés, bajo la poderosa mano de Dios, sacó al pueblo de Egipto y lo condujo a través del desierto. Moisés, que representaba la ley, no pudo llevarlos a la herencia. Josué (su nombre significa «salvador») fue utilizado para guiar a los redimidos del Señor a la herencia prometida. El versículo clave es: «Así que Josué tomó toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés, y Josué la dio por heredad a Israel según sus divisiones por sus tribus. Y la tierra descansó de la guerra» (Josué 11:23). El deseo del Señor para Canaán era expulsar las abominaciones idólatras de los habitantes malvados y cumplir Sus promesas de dar a Su pueblo «descanso» (Josué 11:23; 14:15; 21:44; 22:4; 23:1) en la tierra. «Porque si Jesús (Josué) les hubiera dado descanso, entonces no habría hablado después de otro día. Por lo tanto, queda un descanso para el pueblo de Dios.

Porque el que ha entrado en su descanso, también ha cesado de sus propias obras, como Dios de las suyas» (Hebreos 4:8-10). Josué llevó al pueblo a la tierra, pero no a una condición permanente de asentamiento, a un estado de descanso. La enseñanza de Hebreos es Cristo Supremo. El descanso de Dios en la creación ha sido perturbado. El descanso en Canaán, que dependía de la obediencia, era temporal. El descanso para el pueblo de Dios en el día de la Gracia es Cristo, un descanso sabático de paz, tranquilidad, reposo en Cristo y en su obra consumada.